ANTOLOGÍA

(1998-2020)



Juan José Vélez Otero

MUNICIPALIDAD DE LIMA

ANTOLOGÍA (1998-2020) JUAN JOSÉ VÉLEZ OTERO

JUAN JOSÉ VÉLEZ OTERO

ANTOLOGÍA
(1998-2020)

Colección de literatura iberoamerica
PRIMAVERA POÉTICA

Colección
Lima Lee

MUNICIPALIDAD DE
LIMA


JUAN JOSÉ
VÉLEZ OTERO

Juan José Vélez Otero

Nació en Sanlúcar de Barrameda, en 1957.

Realizó estudios universitarios en Sevilla y Cádiz. Es licenciado en Filología Inglesa. Asimismo, ha ido combinando su labor literaria con la docencia. Hasta la fecha ha publicado los siguientes poemarios: Panorama desde el ático (Madrid, 1998), Ese tren que nos lleva (Madrid, 1999), Juegos de misantropía (El Puerto de Santa María, 2002 y Sevilla, 2017), El álbum de la memoria (Sevilla, 2004), La soledad del nómada (Madrid, 2004), El sonido de la rueca (Córdoba, 2005), El solar (Madrid, 2007), Otro milagro de la primavera (Valencia, 2010), En el solar del nómada (Granada, 2014), Dióxido de carbono (Granada, 2016), Pasmo (Granada, 2019) y Ámbito sustancial. Antología poética (Ars Poética, Oviedo 2019).

Con los libros anteriores ha obtenido, entre otros, los premios de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el de la Feria del Libro de Madrid, el Ciudad de Cáceres, el Rosalía de Castro, el Aljabibe de Poesía, o el José de Espronceda. Como traductor, ha vertido al español la obra de los autores norteamericanos Donald Hall, Yusef Komunyakaa, Jane Kenyon, Philip Levine, Etherdge Knight, Sharon Olds, Billy Collins…, así como las de los poetas palestinos Nathalie Handal, Najwan Darwish y la de los poetas británicos Carol Ann Duffy y James Byrne.

Antología (1998-2020)

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ANTOLOGÍA (1998-2020)

Laberinto

Sobre mi mesa
fardos de láminas y hojas,
tiralíneas, escuadras, oscuros
planos que semejan ruinas,
brújulas y astrolabios
que ocupan mis días.

Estoy estudiando el laberinto,
descifro el laberinto,
donde un día se adentrase la luz
y se perdiera solitaria y muda,
dejando a oscuras las cenizas,
dejando en la más triste
penumbra las olas atlánticas
que un día yo llamara tibia cuna.

Intento descifrar
el enigma de la luz
huida a los dominios de un dédalo sombrío.
Perdido he de buscar el mar robado,
la almohada antigua,

donde los sueños yacen,
el amuleto eficaz contra la muerte.

He decidido entrar esta mañana
huyendo de la oscuridad, sin hilo,
sin candil, sin Ariadna;
solo carne solitaria,
solo quiste del fracaso,
abriéndome paso a tientas
con un mapa de luz
trazado en la memoria
y el recuerdo del sol debajo de mis párpados.

Mal día

Hoy, como siempre,
puse todas las esperanzas
en que los dioses me fueran favorables.
Hoy que amaneció lloviendo, hoy
sin paraguas, hoy
que alimenté todas las ilusiones.
Hoy que salí acicalado
porque no volvieran a irse de fiesta sin mí.
El presagio empezó a insinuarse, hoy,
cuando puse la radio al levantarme
y apareció una niña cantando
De pata negra. Hoy
que la guerra sigue sin terminar
y el hombre sigue amando
el color de la sangre, la resina del odio,
el hedor de las desdichas. Hoy
el autobús ha pasado dos veces completo.
Hoy la planta carnívora del deseo
ha vuelto a morderme el corazón.
Entré en el supermercado, hoy,
y han vuelto a subirme el *whisky*.

Hoy me siento más fracasado que nunca,
el cartero ha pasado de largo
y tú no piensas volver. Hoy
paseo de nuevo solo por las calles.
Hoy sigo defendiéndome de mí,
de ti, de la tristeza.
Hoy de nuevo he perdido la partida,
y son las horas muy largas,
y no he leído ni un verso,
y he despistado a las musas,
y tengo la sangre quieta.
Hoy ha faltado la alumna que me gusta,
y ha oscurecido pronto,
y he vuelto a casa un poco triste.
Estaba la sala sola, desnuda y fría;
y el servicio contestador de Telefónica
me informa de que no tengo mensajes.

Foto del 63

Hay una luz de claustro en esta foto,
de soledad de esperma
y de locura, una luz
de tormenta de otoño
y de colegio de fantasmas.
Hay un niño
y un mapa y una bola
del mundo que lleva años
enteros girando
en un cajón de olvido.
Hay una sonrisa de metal helado,
de mercurio de termómetro difunto,
un humo de alquimista
sonámbulo y misericorde
que se forja en el frío
de los muertos en vida.
En esta fotografía
hay cristales rotos de un sueño diezmado
y espumas olvidadas de una playa distante.

Un suicida
podría haber escrito en su reverso
la despedida solemne y temblorosa
del cansancio y la duda.
Mientras, el niño sonríe
completamente ajeno al espejismo
donde se iban formando en silencio
las larvas venenosas de la nostalgia.

Qué solos los columpios de la plaza
mecidos por el viento.
                                        Y la llovizna.
El tiempo inexorable en los tejados
que cala como orvallo en la memoria.
Tan solo los columpios en la lluvia,
tan solo la quietud, la imperturbable
fachada ante los ojos.
                                        Y el olvido.
Ni pájaros, ni luz, ni flores blancas,
ni cintas del color de la amapola.
Tan solos los columpios de la plaza
sin niños, sin ensueño, sin pasado.
La lluvia en la fachada inescrutable
sin luz, sin piedra blanca, sin rumores
azules, sin ufanas cantinelas.
La lluvia de cobalto ante los ojos,
la lluvia de este octubre que no acaba.
Detrás de los visillos hay siluetas
de humanas soledades compartidas.

Jamás lo olvidaré. Por las ventanas
veíase la playa —entre las tunas—
de arenas amarillas. Y los barcos
azules, y las redes en el muelle.

Veíanse a lo lejos, en la bruma,
la sal, las cañas verdes, las angostas
veredas que llevaban a las conchas,
los altos eucaliptos de la huerta,
el humo de los buques hacia el río
paciente entre la niebla y las marismas.

«La dulce boca que a gustar convida...».
escrito en la pizarra por la mano
del triste profesor. Aquel silencio
de hormigas y bolígrafos baratos.

Jamás lo olvidaré.
                                        Tenía los ojos
del verde de los musgos en enero
y el cuerpo despertando a la caricia,
cual nacen aguaturmas junto al río.

Jamás lo olvidaré. Yo la miraba

callado en el enigma de la clase,
mordiendo la emoción que engendra nubes.

«A fugitivas sombras doy abrazos...».
«Escrito está en mi alma vuestro gesto…».
Petrarca, Juan Ramón, Jorge Manrique,
Quevedo, Garcilaso, Juan de Mena...
La magia de los versos y del tiempo
parado en los dibujos medievales.

Jamás lo olvidaré. Jamás la tuve;
o sí, la tuve asida a la inocencia,
la tuve en los poemas de la tarde
sentado a la templanza de los sueños.
La tuve cuando era caballero
y torpe trovador ilusionado,
la tuve entre las juncias de mi patio,
en jarchas y canciones provenzales,
cuando la vida era, a nuestros ojos,
un libro sin abrir, un mar ignoto,
«rumor de besos y batir de alas».

Era ya por septiembre. Las muchachas subían
por las calles del brazo y dejaban olor
a limón y a vainilla. Las muchachas se iban
(mariposas de cobre pulidas en verano)
a ciudades de otoño, a jardines de adelfas,
hacia oscuros colegios de ventanas altísimas.

Nos dejaban la playa solitaria y desnuda
y quedaba en los muelles una tenue tristeza
—gaviotas varadas y algo hueco en las olas que
jamás comprendimos. Las muchachas se iban
y llevaban los pechos como pájaros vivos,
y sus labios cargados de fresones maduros
se llevaban el sol de las tardes de agosto.

Y volvíamos solos, como gatos heridos,
otra vez con las cañas a las verdes chumberas,
a esquilmar los membrillos en los huertos de siempre,
o a mirar los esteros con sorpresa en los ojos.
Nos fue nuevo sentir abandono en la sangre
y aprendimos a oír el silencio en las viñas,
a notar amargor en la piel de las uvas.

Hoy ha amanecido pronto en el sanatorio
y andamos todos locos buscando
nuestra ración doble
de Sinogán con leche.
Andamos todos
con pies desnudos de sosiego,
pisando el patio,
la basura bella y necesaria
de la aurora epiléptica,
la filoxera
dulce de la demencia.
Ya pronto los cuidadores,
los no contagiados,
los elegidos
y entendidos
en materia de salud,
comenzarán la asidua tarea ingrata
de repetirnos por radio,
prensa,
televisión
o circuito cerrado
las normas escritas del manicomio,
la guía de comportamiento
del loco fiel,

el manual de higiene y salud
mental, se supone,
que ha de regir este día.
Hoy ha amanecido marrón apagado,
asfixiante,
con la mala leche de los débiles
y el de la 215 ha vuelto a vomitar
una iguana blanca con pendientes de silicona
y un tetrabrik de miedo bajo el brazo.

Este espejo del cuarto de baño
me conoce como yo mismo,
casi me habla.
Por las mañanas me saluda
con sus pecas blancas de jabón
y salpicaduras de crema dental.
Por la noche aparta la vista
por no ver la cara mustia y cansada,
la de poros violentos y ojos de besugo.
Este espejo del cuarto de baño
conoce mis secretos íntimos
y mi verdad oculta:
la ansiedad precisa de los fracasos
de los días y las noches,
cotidianos, repetidos,
sin solución aparente.
A este espejo
hace tiempo que se le pudrió
la lámpara,
pero me observa y saluda
desde la sombra sorda,
desde la eterna nada
que florece en el silencio.

Septiembre

Tiza blanca, mapa grande
y plumieres de madera
donde guardo las estampas
de este verano que cesa.
Septiembre, nube que pasa,
septiembre de voces nuevas,
septiembre, página blanca
sedienta de tinta negra.
Mi hermano sobre la mesa
tiene un borrador de nata
y yo un borrador de fresa.
Septiembre, urna de plata,
vasija de la tristeza.

HE SALIDO DEL CINE ESTA TARDE DE INVIERNO

Siempre es invierno en el recuerdo.
JOAQUÍN MÁRQUEZ

He salido del cine esta tarde de invierno
y el domingo bosteza.
Un cuaderno me espera
en la mesa apagada de mi cuarto. Soy viejo
aunque tengo diez años y me sabe a tristeza
esta niebla en la boca, la resina del sueño.

He salido del cine caminando hacia el miedo
de los lunes sin luz, de las lluvias con grietas,
de las horas eternas del oscuro colegio.

(Aunque tengo diez años. Y está quieta la adelfa
en el patio vacío de palomas y viento).

Otoño

Todos se fueron ya porque es otoño
y apagaron la luz de los pasillos,
dejaron un silencio como niebla
en el jardín sin signos de verano.

La luna es grande y blanca en la ventana,
la luna es la farola de esta noche
de lunes, larga, larga, casi un río
de sueño y de infinito, casi muerte.

Aquí se oye el mar como un silencio
que no quisiera ser, como las hojas
de un viento que remueve la memoria.

Se oye el mar y es parte de esta casa,
la única con luz en la ventana
que da a los bares tristes y vacíos.

La soledad del nómada

La diaria trashumancia del barro,
esta deletérea sensación humana
de saberse nómadas del tiempo
que nos roba la sombra, nos recuerda
la ira de los dioses, la venganza
por el hurto
ancestral del fuego. Es esto:

caminar sin rumbo hacia el olvido,
sortear las tumbas del deseo
y del fracaso,
compartir la incertidumbre
con las tribus hermanas
oliendo el aire y sus serpientes
lo mismo que una loba.

Nada más solitario que el hombre
y su condición de hombre
fugaz y trashumante
que pasa las tardes mirando las veletas.

Nada más solo
que un poblador del desierto
necesitado y áspero.

Observa, y no lo pienses,
cómo te excluyen los planetas.

Van llegando al estanque las últimas palomas
mientras tiendes los brazos a la noche
en atávico rito de estrellas incipientes.

Mas ya nada te salva.

No hay más remedio, tú eliges:
Nietzsche, el alcohol, la demencia, el suicidio.

Panorama (ii)

Desde esta misma ventana
vemos también los buitres.
Planean lentos y negros
como próceres hojas aciagas
de un viento ominoso.

También nómadas de la tarde
regresan con cansancio funerario,
borrachos de carne, ebrios
de materia
perecedera y breve.

Notarios de la muerte,
¿qué advertirán de nosotros,
qué olor a química reflexiva
les llegará en el aire?

Lentos planean, y negros,
hacia un lugar sin torres
que les sustenten;
ni cigüeñas, ni alondras, ni torcaces,

sacerdotes del aire,
qué olerán de nosotros.

Los augures de Roma
adivinaban lo oculto
por el canto de las aves.

Pero estos buitres no cantan.

Cuando vemos las siluetas
no presagian lo terrible
porque ya ha sucedido.

Y nos parece mentira
que después de tantos años
no nos hayamos
aún
acostumbrado a la muerte.

Definitivamente voy a ser feliz

De todas las maneras de vivir, el tiempo
es la mejor la del cobarde, esa forma
carente de solemnidad y deseo,
contemplando la vida de puntillas,
gastándola sin hacer ruido,
oyendo la dicha en las paredes
sin que nada, solo la luz
gratuita y los montes tras los vidrios
puedan cambiar el ánimo surgido del fracaso.

Ladran fuera los perros y me sorprendo,
en estas últimas tardes de noviembre,
leyendo poemas escritos por otros
que no conozco, que jamás conoceré,
lejanos en otras latitudes,
extraños como yo,
transeúntes del tiempo, que alguna vez sintieron
el dulce dolor incontenible
de emborronar con vida un papel.

Leyendo poemas,
envejeciendo al abrigo de las cenizas
que dejaron los sueños,
sin piedad, sin ambición ni entusiasmo,
sin la necesidad fatal de la esperanza.

Se van borrando en los suelos
las últimas sombras de la tarde
y llega una calma aún más profunda,
vestida con parcos trajes de silencio,
a traerme la imagen nimbada de la infancia,
el eco entrecortado del cine de verano,
el recuerdo de las mujeres que perdí
o el de las que nunca tuve,
la ruina asumida de los sueños,
el cansancio agradable del que nada desea.

Es la superación, al fin, del deterioro
lo que me lleva a esta paz.
Creo que voy a ser feliz definitivamente.

Tocata y fuga

Hay noches en las que el insomnio avisa
y no te asalta el cuarto por sorpresa,
ni te sostiene los brazos y te asedia.
Hay noches en las que el insomnio avisa
y no se te hace la indolencia extraña
ni el fracaso se torna repentino
en esta soportable habitación deshabitada.

Son noches en las que no te acuestas
y te pasas las horas
a las puertas de un poema; deambulas
por la casa y fumas y te asombras
del silencio que hay detrás de las ventanas.

El latido nómada de tu voz menguada
busca el verso exacto del cansancio
que te permita retornar al desierto donde un día
fuiste mercader de sueños.
Y piensas. Y se te insinúa la vida
en la música, en la luz
y en los cuadernos.

El alcohol de la repisa se te ofrece fácil y barato
como una prostituta triste.
Y amas entonces la música,
y Ella Fitzgerald llora por ti,
y la oyes, y estás contento
de que alguien llore por ti
y de que la desolación no consiga inmutarte.

Te vengas de la vida en la pereza
y haces inventarios de tus sueños
en un poema nuevo
—menos triste de lo que esperabas—
que rompe la placenta y te abandona.

Se va,
                  se va,
                                    se va
y cierra la puerta
dejándote más solo todavía.

Álbum de viaje

(Leningrado, 1986)

A qué has venido aquí, a esta ciudad desierta y quieta,
a este lugar donde anochece el frío y tornan ya a las torres
las últimas sombras vencidas de la tarde.

A qué viniste huyendo de tus días,
de tu derrota ahora irremediable,
qué viniste a buscar que ya no tienes
a esta ciudad nevada
que te acoge, que te exhuma en silencio
la aterida gangrena del recuerdo.

Fotos antiguas en un álbum abierto,
voces que ignoras si existieron
y que oyes ahora con claridad fulgente
en esta noche vieja como ellas.
A qué has venido aquí a levantar los sueños
si ya no son los sueños de tu infancia,
si ya se puso el sol en los tejados.

Miras
la
nieve
caer
sobre los bancos negros y vacíos,
los fuegos de artificio en los espejos del Neva.

A qué viniste aquí.
La nieve es dulce
como algodón de feria en tu memoria,
cae lenta como plumas posándose en la cúpulas,
cubriendo los aleros del futuro y del miedo,
borrando los caminos
que nunca más podrás tomar de vuelta.

NEC QUAE PRAETERIT HORA REDIRE POTEST

Cómo después de acordado
da dolor.
JORGE MANRIQUE

Parece todo un sueño, que no tuve
conciencia de aquel tiempo ya vivido,
tan corto se me hizo ese latido,
pasó como la sombra de una nube.
Me siento que no soy, que no estuve
donde tuve que estar, que no he entendido
aquello que pasaba, ni el olvido
continuo al que he llegado pronto. Sube
el mirlo de la niebla hasta mi alcoba
y canta recordando una mañana
perdida sin fermento en la distancia.
Es bruma que da sueño y que me roba.
Apoyo la cabeza en la ventana.
Qué solos los columpios de mi infancia.

Aurora

Amanece detrás del campanario
y, en torno a las antenas, la mañana
agita ya un torrente de vencejos.
La claridad callada de esta hora
va lenta, poco a poco iluminando
su rostro tan distinto al de la noche.
De pronto abre los ojos, me sonríe
como un ángel de luz que apareciera
entre nubes de sueño. El horizonte
nos llama hacia una vida de noticias,
de música y café.
                    Y se desnuda
como quien abre un ramo de lavandas,
y pisa el aire y lleva sus caderas
hacia el humo del baño. La contemplo
como un feliz muchacho que de pronto
descubriera el sentido de estar vivo.

La morena blanca

A Isabel, que se perdió en la niebla de mi infancia

En la casa había un árbol
que podaban todos los inviernos,
por costumbre un domingo apagado de enero,
aquellos de silencio y niebla
propios de la infancia.

Los ciclos de nuestras vidas,
aparte de otras cosas
menos importantes,
los marcaba la morera blanca.

De pronto, una mañana
como otras sin escuela,
despertábamos buscando
mariposas y pájaros, orugas
junto al aljibe blanco.

En la casa
había un árbol que dormía todos los inviernos.

Después se alargaban los días,
aunque siempre eran largos por entonces,
y una luz cálida empezaba
a aupar el brote nuevo en los codales.

Prosperaba
una copa exuberante y redonda
casi siempre esquilmada
para surtir las cajas olorosas y mágicas
de nuestros gusanos de seda.

Por San Juan tal vez, o por San Pedro,
maduraban las moras
blancas como copos.
Estoy hablando de una casa junto al mar,
con un jardín y un patio
y un aljibe redondo
donde escondíamos nuestros ecos.

Llegaba junio,
y una mesa a la sombra
hasta septiembre.

Pero los tiempos cambian,
ya sabemos,
y nos duele tener memoria del olvido.

Pasaron muchos días
y el eco de otro mar me fue cambiando.

Hoy he vuelto al hogar
donde envejecieron los suyos,
donde ella misma
dejó una tumba de juguetes junto al árbol.

Hoy he vuelto a su casa y a mi infancia,
a aquella casa en el pueblo
de la que no tengo fotos
que me amparen.
                              Inmobiliaria Cipsa,
Pizzería Noelia, y una magna sucursal
de un banco como otros tantos.

Os hablaba de una casa con jardín,
con un patio donde había un aljibe fresco.

Y de una morera blanca.

A Manuel Núñez Rodríguez. In memoriam.

A muerto, la campana toca a muerto.
Ha muerto con la tarde y sin billete
de vuelta. Beberá pronto del Lete
cubierto de serrín y pez, cubierto.

Navega el ataúd destino a un puerto
de sombras, carne muerta en el grumete;
golpea hacia el vacío triste ariete,
golpea hacia la nada, en el desierto.

La vida en su destino es el destierro
salvaje, culminado cual si fuera
un baile de relojes el entierro.

Callado funeral de nieve y cera,
qué golpe de azahar, de flor y hierro
morir naciendo ya la primavera.

Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.
MIGUEL HERNÁNDEZ

Os miro y viene el humo de la infancia
opaco y amarillo a mi cabeza
expuesta del otoño a la tristeza.
Os miro en esta foto quieta y rancia,

Jacinto, Luis, Manuel, Jesús, fragancia
de tinta y borrador. Con qué presteza
el tiempo, sueño ayer, hoy desperezа
su voz de liquen negro en la distancia.

¿Quién pudo aquí amarrar el tiempo al nudo
escueto del papel y la memoria?
Quien pudo sostener el tiempo pudo

parar en luz de ayer la lenta noria
de olvido y soledad, de llanto mudo,
de efímero soñar y vana historia.

Paseo vespertino

Este hombre pasea solo por las calles
encendidas de la ciudad,
camina, piensa, atardece.

Y hace frío.

Lleva una mano olvidada en el bolsillo
y una bufanda cálida le cubre el grito
sofocado del tedio.

Un hombre camina por la ciudad
en este crepúsculo universal e inmenso
bajo los árboles desnudos de hojas y de pájaros.

Ya no es joven, no es joven,
pero tuvo esplendor en la mirada,
amigos que fueron deshaciéndose
o que pasean, —¿también solos?—
por otras ciudades tan distintas de esta misma.

Ha quemado los años, se fueron quemando con la prisa.
No le consuela la voz de la memoria,

ni el recuerdo baldío de las mujeres que tuvo,
ni el deseo esperanzado de tener otras un día.

Se han cerrado ya las puertas
y no merece la pena golpear en ninguna.
Es un hombre que pasea extraño en la ciudad,
es un hombre cualquiera deshojado de sueños.

Camina despacio con pasos desganados,
mira al cielo y bosteza, se detiene
ante una tienda, se acomoda las gafas,
alza los ojos
y me ve reflejado en los cristales.

Las colinas de sarajevo

Esta ciudad en donde, a decir verdad,
no siempre he tenido mucha suerte,
pero en donde cada cosa es mía y donde siempre puedo
amar a cada uno de vosotros
y deciros que estoy desesperadamente solo.

IZET SARAJLIĆ

Ya no voy a coger flores a las colinas de Sarajevo.
Ya no voy a los montes mojados por la niebla
a pasear con Mikika cogidos de la mano.

Abajo el Miljacka ya no sueña los montes,
el Miljacka aquí abajo ahora teme a los montes.

Ya no subo a coger flores
a las colinas de Sarajevo. No llevamos jarrones
a los cementerios prohibidos de la ciudad de Sarajevo.
Enterramos a los muertos
en los patios y en los parques
de la ciudad de Sarajevo.

Nuestra sangre esparcida,
nuestra carne dispersa, son cebos para aquellos
que retiran sus muertos; sepultamos a los nuestros
en los patios y en los parques de la ciudad de Sarajevo.

He enterrado a una hermana
cuando apenas si había sepultado a la otra,
enterré a dos hermanas —era siempre de noche—
con estas mismas manos ya viejas que no odiaban,
con estas mismas manos que aún no odian,
pero que tiemblan pálidas bajo las balas mudas
de los francotiradores de las colinas de Sarajevo.

Llueven granadas sobre la ciudad de Sarajevo,
llegan misiles desde las colinas de Sarajevo.
Nos asedian las balas, precisas y pacientes,
que vienen invisibles de las colinas de Sarajevo.
Se han vaciado los puentes de todo Sarajevo,
ya no andan tranvías por todo Sarajevo.
Se oye el desastre caminando por los puentes
desiertos y mojados de la ciudad de Sarajevo.

La paz imposible para los depredadores
de la paz, la paz que no comprende la demencia rapaz

que mira hacia los hombres con ojos de fusiles
desde las altas colinas de la ciudad de Sarajevo.
Están los puentes solos. Y las casas partidas
—oh, ruinas del odio— hoy cobijan cadáveres
pendientes de sus tumbas.
                                        Están los parques llenos
de muertos enterrados por hermanos que velan
a la luz de la luna.
                                    Hoy he escrito un poema
bajo el plomo homicida que sobrevuela mis versos
y que llega invisible desde el monte Trebević,
donde antes de la guerra recogía margaritas
con la mujer que amo.

Ya no subo a coger flores a las colinas de Sarajevo.

Infancia

Una tarde parda y fría…
ANTONIO MACHADO

Mi infancia es una plaza y una fuente encalada,
un crepúsculo pardo de lluvia en los cristales,
un colegio galera, un botón sin ojales,
una novia con gafas imposible y llorada;

el patio de una casa que ahora está afectada
por un plan de urbanismo de cacos oficiales,
cretinos de mi infancia, trileros actuales
que arañan acomodo buscando la cebada.

Mi infancia es una nube que no llueve ni truena,
es un caleidoscopio que no tiene ventanas
para mirar los ecos de cielos y mañanas,

es un bardo con pitas, el dolor del consuelo,
una radio en la sala que escucho y que no suena,
la momia de mis sueños envuelta en un pañuelo.

El nombre

En el Libro de Familia viejo y amarillo
con dos fotos muy tristes en blanco y negro.

En aquellas postales que mi madre guardaba
en una cajita de madera que solo se abría
cuando me ponía enfermo.

En mi boletín de notas y en los recibos
baratos de Clases de Permanencia.

En un carnet que vi cambiar de foto
un par de veces en mi infancia.

En las letras del Vanguard
que pagamos en tres años.

En un librito extraño de la mili
con la foto de un recluta
que parecía asustado.

En el contrato de un préstamo
tortuoso y miserable
que pedimos a la Caja para hacernos un baño.

En mis cuadernos de escuela
ejercitando su firma.

En la participación del décimo
de lotería de Navidad
que todos los años nos mandaba mi tía.

En el buzón de la casa
adonde ya no me llegan ni sueños ni postales.

En un papel del hospital que firmó mi hermano
porque yo me había escondido.

En una placa de metacrilato
a la entrada de la sala 6
del tanatorio de mi pueblo.

Lo sabes

Como alguien que se acostumbra
a un cuerpo o a una vieja dolencia.
J. L. BORGES

El mar cambia de luz al llegar el otoño.
Una vez fuiste desterrado,
tal vez de eso hace ya décadas,
de una tierra llamada Ventura.

Desde entonces andas
errabundo y constante
por las calles de la noche,
por bares y tugurios
que llaman de los desposeídos
y que cierran
cuando recogen la basura al amanecer.

Ya sabes que a tus espaldas
te llaman desarraigado
y que no compartes nada.

Los dichosos comparten su tabaco
y el cartón de vino
comprado en los supermercados.

Los dichosos hablan
y hacen bromas entre copa y copa
de alcohol gregario.
Todos saben que te has acostumbrado a ella
como a una vieja dolencia,
que tu tristeza no es nueva.
No se te hace extraño llevarla en tu sombra
ni sacar cigarrillos de soledad
del fondo de tus bolsillos.
Lo sabes, hace tiempo que lo sabes:
el mar cambia de luz al llegar el otoño.

Poética

Conozco a algunos.

Escriben solos en la penumbra,
callados en la derrota,
en el lugar vacío, en el hueco
inmenso de un útero inservible y yermo.

Son los desconocidos, los olvidados, los parias.

Ni siquiera son malditos.

No hablan del bote de champú,
no hablan del paquete de Malboro,
ni del yogur de la merienda,
ni del taxi que tomaron esta tarde
para volver del dentista.

Son los inadaptados.

Ya creo haber dicho que habitan un lugar,
un lugar vacío al amor de la sombra.

Jamás visitaron la Corte, no conocieron mecenas
ni frecuentaron fiestas de gozos académicos.

Tampoco tertulias ni guateques locos
de triunfadores clónicos.

Cuando trabajan, sueñan.
Esclavos de la letra, de otras actividades comen,
y cuando les dejan se ayuntan;
y al final
en el olvido mueren.
Conozco a algunos.

No son gregarios.

A tango

Hace tiempo que no nos vemos, nena,
hace tiempo y no sé nada de ti,
reconozco que todo fue por mi
afición a tu amiga, esa morena

con quien tuve un desliz. Es una pena
que la cosa acabara tan así.
Hoy me han dicho que andas por ahí
con un novio muy guapo de Lucena.

Yo me muero de celos y de ganas
de cantarte al oído por *froidianas*.
Mi dulce bisturí, licor de mango,

calibra cómo son las penas mías,
que quiero rematar por bulerías
y noto que la voz me suena a tango.

Tal vez fuese verano

Tal vez fuese verano y los jazmines
del parque estaban vivos. Por las noches
olían. Y dormían en silencio
los pájaros oscuros de las torres.

El mundo iba muy lento. Tú tenías
una blusa turquesa y unos ojos
muy grandes y una voz blanca y alegre
y unos pechos que no pesaban nada.

Recuerdo que reías, y mirabas
como quien mira a Dios, como quien mira
el mar desde los montes de la aurora.

Recuerdo, era verano y tú eras malva,
tenías en el cuerpo la dulzura
de las moreras blancas y los guindos.

Estação terminal

(Taberna en Faro)

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma.
JAIME GIL DE BIEDMA

No saqué billete para la vida.
ÁLVARO DE CAMPOS

El tiempo
es un túnel
sin salida,
largo,
a veces turbio de silencio y humo,
una oquedad insomne, rumor de trenes viejos
transportando los ecos de los años perdidos.
Llegaste deshabitado sin maletas ni mapas
a esta ciudad de mar y andenes en ruinas
—hogar y desmemoria,

columbario y templo—
que no propicia emprender
la nueva huida
hacia otros lugares más fecundos.
Cuántos días por estas mismas calles,
en esta misma estación terminal de tu fracaso,
en el mismo *pub* de noches sin regreso,
reclamando entre copas tantos trenes perdidos,
tantos trenes que no llegaron a partir
de la estación de tus sueños.
Fuera sopla el viento.
                    Agita en su inquietud
los luminosos que cuelgan en las calles,
silba inconsolable a los canes enfermos del insomnio.
El viento sopla, sopla.
                    Mientras,
aquí dentro, vagón del humo,
ahogado en alcohol y en música encendido,
te asomas a la turbiedad de los espejos
y te miran en la niebla los ojos del extraño
que viene compartiendo desde antaño tu viaje.
El tiempo es un túnel sin salida,
esta música opaca y perniciosa
que esas chicas,

en sus risas, parecen no escuchar.
No te miran, no te ven
ni te miran
porque eres invisible,
parco
y líquido.
Partió tu tren y te quedaste transparente.
Nunca más. Ya nunca más
volverás a ser joven.

Noche de guardia

Me he sentado al balcón. La noche es fría
como un glaciar de sombra. En la ventana
un buitre picotea la cercana
frontera de cristal que aguarda el día.

La casa de mis padres, hoy la mía,
está en silencio y en vejez. Mañana
quién sabe qué hallarán tras la persiana,
qué pasmo, qué terror, qué luz baldía.

¿Un día diferente a la condena
cautelosa y constante?, ¿Otra batalla
reiterada y perdida? ¿Qué gangrena?

Afuera no hay color y el mundo calla;
en la noche sin fin tan solo suena
el silencio de Dios como metralla.

Foto hallada entre unas páginas

Me miras desde el centro del abismo
en esta foto nuestra que he encontrado
de cuando el tiempo aún no había logrado
reducirte a la maula de mí mismo.

Me miras ignorando el cataclismo
de la desolación donde ha acabado
el paisaje de ayer; se ha transformado
nuestro horizonte pronto en espejismo.

Era tú, y ya soy yo, sin esperanza
de ser lo que pensaba que sería;
hombre sin certidumbre ni cobijo.

Y aunque encuentro en tu rostro semejanza
y confundo tu historia con la mía,
qué extraño verte ahora como a un hijo.

Mi mesa

Esta mesa sencilla donde escribo,
la que por tantos años me hospedara,
la que tengo ante mí como una clara—
boya, ahora ilumina mi derribo.

Fue un día de mi abuelo. Yo tenía
apenas primaveras, me sentaba
con él y sus papeles, y pintaba
dibujos a su lado. Sonreía.

Sonó en la lejanía una campana;
me alejaron de casa una mañana
que olía a flores mustias y a tristura.

Cuando volví ya nada era lo mismo,
la mesa estaba allí, pero era oscura,
enorme y más vacía que el abismo.

MI MESA

Esta mesa sencilla donde escribo,
la que por tantos años me hospedara,
la que tengo ante mí como una clara—
boya, ahora ilumina mi derribo.

Colección de literatura iberoamerica
PRIMAVERA POÉTICA

Colección Lima Lee

MUNICIPALIDAD DE LIMA